

ANDREA GROBOCOPATEL Y SU COMPROMISO CON LA DIVERSIDAD¹

Andrea Grobocopatel vivía todos los roles de su vida intensamente. Entre ellos, destacaban los de mujer, madre, esposa, empresaria y directiva. No solo lo afirmaba Andrea, también todo aquel que la rodeaba en los diversos ámbitos de su vida.

En 2016 Andrea celebraba su cincuenta y dos cumpleaños. Aunque había desarrollado la mayor parte de su carrera profesional en el Grupo Los Grobo, compañía fundada por su familia en el año 1984, desde 2014 centraba todos sus esfuerzos en la Fundación Flor, de la cual era fundadora y presidenta.

Transcurridos dos años desde el lanzamiento de su fundación, Andrea reflexionaba sobre cuál debería ser su papel tanto en la empresa familiar, en la que ahora sólo ejercía el cargo de miembro del Consejo de Administración, como en su propia fundación.

Esta inquietud se había acentuado en las últimas semanas, cuando al Consejo de Administración de Los Grobo había llegado un asunto que a ella personalmente le preocupaba mucho. Habían realizado una encuesta de clima laboral —“*Great Place to Work*”—, y en los resultados se había detectado que algunas mujeres en la compañía se sentían discriminadas. Andrea, que trabajaba desde Flor en asuntos como la igualdad entre hombres y mujeres, la gestión de la diversidad o el liderazgo responsable, se había quedado muy sorprendida por esos datos: ella siempre había considerado que en Los Grobo no se daban ese tipo de situaciones.

PERFIL PERSONAL Y PROFESIONAL DE ANDREA GROBOCOPATEL

El entorno personal y familiar

Andrea Grobocopatel había nacido en 1964 en Carlos Casares, ciudad de la provincia de Buenos Aires, en Argentina. Era la segunda de cuatro hermanos.

¹ Caso de la División de Investigación del Instituto Internacional San Telmo, España. Preparado por la Asistente de Investigación Carmen Hernández Rodríguez-Mancheño, bajo la supervisión del Profesor Antonio Hidalgo Pérez del Instituto Internacional San Telmo, para su uso en clase, y no como ilustración de la gestión, adecuada o inadecuada, de una situación determinada.

Copyright © junio de 2018, Instituto Internacional San Telmo. España.

No está permitida la reproducción, total o parcial, de este documento, ni su archivo y/o transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro o por otros medios, sin la autorización expresa y escrita del Instituto Internacional San Telmo. Para pedir copias del mismo o pedir permiso para usar este caso, por favor póngase en contacto con el departamento de Edición de Casos, a través del teléfono en el +34 954975004 o por correo electrónico a la dirección casos@santelmo.org

Con tan sólo veintiún años, Andrea se había licenciado en Economía por la Universidad de Buenos Aires (UBA). Durante sus años en la Universidad, Andrea había sentido una profunda añoranza de su pueblo y su familia, lo que había acelerado su regreso a Carlos Casares nada más graduarse. Aunque empezaban a presentarse oportunidades profesionales interesantes en Buenos Aires, Andrea deseaba volver a su pueblo natal.

A su regreso a Carlos Casares, la joven había intensificado su trato con el abogado Walter Torchio, con el que se casaría en 1988, tras varios años de noviazgo.

Andrea era madre de cuatro hijos. Su primera hija nació al año de estar casada, cuando ella tenía veinticinco años. Su primogénita, de nombre Agustina, vino al mundo con problemas de salud, lo que había provocado que Andrea se volcase en su cuidado.

Durante los primeros años de vida de Agustina, Andrea y la pequeña se habían trasladado a vivir a Buenos Aires para poder estar más cerca de los médicos que la atendían. Su marido, aunque había mantenido su residencia en Carlos Casares, viajaba continuamente a Buenos Aires para reunirse con su mujer y su hija.

Esta situación familiar no había provocado que Andrea abandonase su trabajo en la empresa. Durante esos años había continuado con su actividad laboral, pero trabajando a distancia desde Buenos Aires.

En 1992, tres años después del nacimiento de Agustina, llegó su segunda hija, Delfina. Tras ella, en 1995, lo harían los mellizos, Luciano y Paulina.

En el año 2016, los hijos de Andrea tenían veintisiete, veinticuatro y veintiún años respectivamente. Andrea se sentía muy orgullosa de haber compaginado siempre su faceta de madre con su actividad profesional. Solía recordar cómo el nacimiento y crecimiento de sus hijos había ido en paralelo con el desarrollo y auge de la empresa familiar, hasta llegar a ser el grupo líder mundial que era en la actualidad.

Siempre que tenía ocasión, Andrea aprovechaba para agradecer a su marido su constante apoyo para que ella se hubiese podido desarrollar plenamente como mujer, madre y empresaria. Además de su marido, Andrea creía que en el cuidado de sus hijos habían jugado un papel fundamental tanto sus padres como su suegra, a la cual la unía una estrecha relación.

Andrea lo explicaba de la siguiente manera:

“Estamos en siglo XXI y la mujer aún se siente culpable por poner el foco en su vida profesional y 'descuidar' a sus hijos, y yo no fui la excepción. Al principio, me parecía que iba a ser imposible trabajar con cuatro hijos, porque a mí me encantaba ir a la oficina, moverme y viajar. Pero la maternidad no fue un obstáculo para mi crecimiento profesional. Gracias a que me organicé, volví a trabajar en seguida tras los nacimientos de mis hijos.”

En ningún momento quise hacer una pausa, ya que creí que eso significaría un retroceso en mi profesión. Pensé que, si decidía interrumpir mi actividad laboral, podía perder mi sitio, no solo dentro de la compañía, sino también como profesional. Siempre fui intercalando y tratando de balancear ambos ámbitos de mi vida.

No falté a ningún acto escolar de mis hijos ni a sus cumpleaños, de cuya organización siempre me encargué enteramente. Lo digo con mucho orgullo, pero he de admitir que siempre lo hice todo corriendo.

Ser madre y empresaria es otra forma de educar a los hijos; ellos aprenden a respetar y valorar otros estilos de vida. Es una realidad que no existe tanta presencia física, pero eso no significa que se esté menos ocupada o preocupada por ellos.

Creo que obtener el balance entre la familia y el trabajo es casi imposible. Se vive en una permanente búsqueda de equilibrio, por eso es bueno ser creativos al intentar conseguirlo y, sobre todo, hay que ser muy flexibles.

Tanto en la vida profesional como familiar creo que es fundamental aprender a delegar y saber elegir a las personas que nos acompañan. Yo tuve la suerte de encontrarlas tanto en la empresa como en mi hogar”.

En el anexo 1 puede leerse una carta que Carmen Uriarte, ama de llaves de Andrea, le dedica con motivo de la publicación en el año 2014 del primer libro de la empresaria, *Pasión por hacer*.

La primera etapa profesional

Andrea definía su trayectoria profesional con una aventura con dos grandes etapas. Durante más de 30 años había trabajado en la empresa familiar creada por Adolfo Grobocopatel, su padre y Gustavo, su hermano, en el lejano 1984. Andrea definía esos 30 años como la etapa de CONSTRUIR.

Andrea había ido progresando como profesional con la empresa. Recordaba como al incorporarse a Los Grobo, nada más licenciarse, había desempeñado todo tipo de tareas, tales como atender el teléfono, pagar facturas, contabilizarlas, atender a los clientes, controlar el stock, etc.

Cuando la compañía había empezado a crecer, Andrea había pasado a ocupar la posición de gerente. Se iniciaba así una etapa de profesionalización de la empresa. Andrea se había podido centrar en el área de Administración y Finanzas, cargo que más le gustaba y del que mayores conocimientos poseía. Con los años, llegaría a convertirse en la Directora Financiera (CFO²) de todo el grupo.

²CFO: siglas en inglés de *Chief Financial Officer* (Director Financiero).